

**HOY JUEVES 12  
DE NOVIEMBRE DE 1987:**

---

## **PLAZA PUBLICA**

**Miguel Angel Granados Chapa**

**Discurso del candidato**

**La modernidad y la gente**

**C**omo el presidente De la Madrid, su seguro sucesor Carlos Salinas no es hombre de oratoria en el sentido tradicional mexicano. No son dados a la impostación de la voz y al trazo de metáforas más o menos afortunadas. Su estilo no es literario. Difícilmente se puede hallar en los discursos de ambos algo más que la fría enunciación de diagnósticos y propósitos. (Por ello sorprende el leve arrebató lírico en que el candidato priísta habla de las ilusiones de los mexicanos). Sus expresiones públicas más acertadas son las que colindan con el tono y el contenido de la conferencia.

Salinas comunica mejor en la conversación que en la tribuna, porque se muestra más vivaz, más interlocutor. Y sin embargo de todo ello, hay que decir que su primer discurso como candidato, el que pronunció el domingo 8 por la mañana, satisface ampliamente las expectativas que se forma quien espera pronunciamientos esenciales en un aspirante con tantas posibilidades de ser presidente de la República.

Pareciera que su principal propósito fue el de convencer a los priistas aferrados a las viejas formas de hacer política, de la necesidad de entender que el tiempo las ha hecho obsoletas, y que es preciso sustituirlas. No es esa la parte más importante de su discurso, pero hay que comenzar por ella porque de su éxito depende todo lo demás. Cuando Salinas

anuncio que en su campaña acogerá "el entusiasmo y la alegría de las manifestaciones populares", pero respetará "la voluntad individual en la expresión del apoyo", y se sujetará "a las normas de austeridad que los tiempos imponen", está planteando no reformas de fondo pero sí modificaciones formales que pueden ser de gran relevancia. Si el "acarreo" en efecto concluyera, la política mexicana se transformaría en gran medida, no sólo por el respeto que eso implicaría frente a los ciudadanos, sino porque la negociación que los movilizadores de muchedumbres pueden hacer a partir de esa su capacidad, deberá plantearse desde ahora en términos distintos, más propios de la modernidad política propuesta por el candidato.

A juicio nuestro, temas y proposiciones de la mayor relevancia en el dis-

curso de Salinas son los que conciernen al trato con la oposición. No es que el reto social (erradicación de la pobreza, demanda de servicios básicos, igualdad de oportunidades, y nuevas manifestaciones de la cultura) o el económico (combate a la inflación, recuperación del crecimiento y cambio estructural) o el de la soberanía, sean asuntos menores. Pero el democrático implica una visión del propio partido, y aun de la propia candidatura, que no ha solido estar presente en las expresiones priistas. Sin que asuma ese nombre, hay mucho de autocrítico en el discurso de Salinas. Salvo su matiz respecto de que la inmensa mayoría de sus opositores son mexicanos leales (pues el caso deja abierto un espacio a la suspicacia y eventualmente a la represión justificada), es por entero admisible su percepción de que la sociedad mexicana es cada vez más comple-

ja y por lo tanto la unanimidad es imposible, o es forzada. De allí que la tolerancia y el respeto que proclama sean valores cuya recuperación o ratificación debe ser aplaudida.

Insistió, en buena hora, en que "el ser humano está en el centro de la política moderna". E hizo bien en sintetizar que el "propósito, sencillo y trascendente, de la modernización de México" es "el bienestar del pueblo". Entendemos que al hablarse del bienestar no sólo se hace referencia a los elementos materiales de la vida. En tal sentido, quizá hubiera sido mejor que el candidato postulara el "bienser", noción más ambiciosa y completa que la expresada por él. Pero al remitir todo su discurso a la gente común, a sus demandas, parte de un principio sano. Y por ello plausible. Veremos si lo avalan los hechos.